

# Revista de Ciencias Sociales

Vol. XIII

ABRIL, 1969

Núm. 2

## LA ESTRUCTURA DEL PODER EN LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA

PETER FREUND\*

### I. Introducción

C. W. Mills cumplió muchas funciones intelectuales. Fue un teórico, un investigador y, sobre todo, un crítico de la sociedad norteamericana que echó abajo la fachada de "retórica liberal" y sondeó las condiciones del medio social vigente.

En términos políticos a Mills se le pudo haber considerado erróneamente como un liberal del siglo XIX frente a una sociedad que conservaba la ideología liberal pero que no practicaba tales principios.

"Para Mills esta época de liberalismo clásico era no sólo un período en que la competencia económica y política mantenía unida a la sociedad, sino también un período en que le era posible al individuo ejercer la libertad y la razón. *The Power Elite* y *White Collar* representan, en mi opinión, pinturas de una sociedad que se ha desprendido de lo que concebía Mills como un estado de 'gracia social.'"<sup>1</sup>

Los sociólogos que disfrutaban del favor oficial acusaron a Mills de ser simplista y de tener prejuicios socialistas, y los críticos de la extrema izquierda con orientación marxista lo atacaron por no emplear el marco de referencia marxista. Preguntarse si la etiqueta de "marxista" le cuadra o no a Mills es algo trivial. Lo que importa es examinar

\* Catedrático en el State University College de New Paltz, Nueva York.

<sup>1</sup> Robert B. Notestein, "The Moral Commitment of C. Wright Mills", en *The New Sociology*, I. L. Horowitz, ed. Oxford University Press, New York, 1965, págs. 49-53

brevemente la influencia que el marxismo clásico ejerció en la perspectiva de Mills.

Para Mills el marxismo clásico había sido un factor determinante en el desarrollo de la sociología moderna. Según Harowitz, Mills consideró necesario "ir más allá del marxismo",<sup>2</sup> y la única manera de lograr esto era encarando al marxismo y escudriñando su aspecto sobresaliente en el mundo moderno. Además, era necesario desarrollar teorías modernas de cierta importancia para los problemas de peso que imperaban, porque si no el marxismo se encargaría de zanjar la brecha. En cierto sentido fue la incompetencia del liberalismo lo que hizo a Mills interesarse más y más en el socialismo y en el espíritu revolucionario de los marxistas del "Tercer Mundo".

"Curiosamente, sus características conservadoras —su actitud del viejo mundo, su añoranza de Estados Unidos como tierra prometida, su innegable admiración por los pequeños negocios y los pequeños propietarios (tan notable en los capítulos iniciales de *White Collar*)— no lograron satisfacerlo y lo hicieron comprometerse con las nuevas utopías del mundo socialista".<sup>3</sup>

A Mills lo intrigó la Revolución Cubana en particular y lo nutrió de esperanzas. En su obra *Listen Yankee*,<sup>4</sup> Mills intentó desempeñar el papel de revolucionario cubano, hacer comprender al público norteamericano el comportamiento de esa pequeña república, y estudiar la ingerencia explotadora de Estados Unidos en el "Tercer Mundo".

El alcance de la visión de Marx se hizo posible gracias al examen que hizo Marx de la estructura social *completa* en su contexto histórico. Mills admiraba a Marx el Metodólogo. El modelo de sociedad que Marx ideó fue lo que impresionó a Mills, no lo justo o lo equivocado de la teoría. Con la ayuda de una "visión estructural de toda la sociedad", Marx hizo abstracción específicamente de los problemas y de las relaciones del hombre.<sup>5</sup>

Las ciencias sociales de Marx también eran abarcadoras y su importancia no se ceñía únicamente al campo de la sociología.

"Ningún fenómeno social queda fuera del alcance teórico del modelo que él erigió, y a muchas cosas que por lo regular no se consideran elementos de las ciencias sociales las abarcan, aún hoy, sus conceptos y teorías. Esa es la mayor importancia contemporánea del legado de Marx: su dimensión enciclopédica, el alcance de las explicaciones

<sup>2</sup> I. Louis Horowitz, *The New Sociology*, *op. cit.*, pág. 39.

<sup>3</sup> Pablo González Casanova, "C. Wright Mills: An American Conscience", en *The New Sociology*, *op. cit.*, pág. 69.

<sup>4</sup> C. Wright Mills, *Listen Yankee*, Ballantine Books, Inc., New York, 1960.

<sup>5</sup> C. Wright Mills, *The Marxists*, Dell Publishing Co., Inc., New York, 1962, pág. 36.

que procuró dar. Creo que debiera constituir un reto especialmente llamativo, dadas las malas condiciones que padecen últimamente muchos de los estudios sociales particularmente en Estados Unidos.

"A Marx no le inhiben las líneas de demarcación de las disciplinas ni las especializaciones académicas. En su trabajo, todo cuanto se conoce ahora como ciencia política, psicología social, economía, sociología y antropología está presente. Se utiliza todo ello con el propósito de componer un panorama general de 1) la estructura de una sociedad con todos sus ámbitos; 2) el mecanismo de la historia de esa sociedad, y 3) las actuaciones de los individuos con todos los matices psicológicos de éstas".<sup>6</sup>

La perspectiva marxista centra la atención de los científicos sociales en la especificidad histórica de las ideas —debemos recordar el término que utiliza Mills— "epocalmente". Tenemos que comprender que a las categorías las limita el contexto histórico de los tiempos y que las generalizaciones acerca de una "época" no pueden aplicarse a otra.

"Este principio de la especificidad histórica es, primero, una regla para la pesquisa y la reflexión sociales; en segundo lugar, es un método para criticar polémicamente otras teorías y otros conceptos; y, en tercer lugar, es una teoría del carácter de la vida social y de la historia".<sup>7</sup>

Mills se dio cuenta, sobre todo, de que un estudio del Marx clásico o aun de los lemas de los "vulgares marxistas" forzaban al hombre a examinar asuntos públicos de trascendencia y los problemas sociales del orbe, problemas que el liberalismo con frecuencia opacaba o pasaba por alto.

En calidad de sociólogo, Mills denigraba a los "Empíricos Abstraídos" que se preocupaban más de la imagen científica propia que de los problemas trascendentales, y quienes con sus serviles imitaciones de las ciencias naturales habían hecho de la sociología algo baladí. También atacaba acerbamente a los "Grandes Teóricos" que construían modelos abstractos de la sociedad que sólo en sus mentes existían y que tenían pocas raíces en la realidad social de los tiempos.<sup>8</sup> Los "Grandes Teóricos" y los "Empíricos Abstraídos" representaban unas categorías cuya falta de "Imaginación sociológica" reflejaba el compromiso contraído con las instituciones oficiales. Los "Grandes Teóricos" han organizado sistemas que existen sólo en la fantasía, que reflejan la elemental "actitud conservadora" de la élite, cuyos miembros son

<sup>6</sup> C. W. Mills, *ibid.*, págs. 35-36.

<sup>7</sup> C. Wright Mills, *ibid.*, pág. 37.

<sup>8</sup> C. Wright Mills, *The Sociological Imagination*, Grove Press, Inc., New York, 1959.

conservadores sin contar con una tradición o ideología conservadoras. Los "Empíricos Abstraídos", por otra parte, se han unido a la maquinaria burocrática occidental con la cual están comprometidas las instituciones educativas y mediante la cual pueden obtener lucrativas becas de investigación ya sea para efectuar estudios insignificantes o proyectos destinados a entender mejor cómo valerse disimuladamente del ser humano con tales eufemísticos términos comerciales como el de relaciones humanas, estudio de la opinión pública, o investigación de propaganda. Los "Empíricos Abstraídos", con su método a modo de fetiche, se han convertido así en técnicos.

El mismo Mills fue capaz de teorizar siguiendo el gran estilo clásico (no el de la "Gran Teoría"). En su libro *Character and Social Structure*,<sup>9</sup> preparado con la colaboración de Hans Gerth, Mills empleó tales fuentes como Marx, Weber, Mead y Freud para hacer una ingeniosa metateoría social y psicológica. Sin embargo, en nuestra ponencia no nos preocuparemos de ese aspecto de la obra de Mills, sino que estudiaremos su crítica de la sociedad norteamericana y algunos de los grupos de esa sociedad a quienes Mills consideró agentes potenciales para el cambio social.

## II. *La Estructura del Poder en la Sociedad Norteamericana*

Mills clasifica cuatro tendencias importantes en la sociedad norteamericana:

- 1) La creciente concentración del poder en manos de lo que Mills llama la "élite del poder".
- 2) El movimiento de los "niveles medios del poder" hacia un "estancamiento" del poder, lo cual torna casi impotente al estrato medio.
- 3) El incremento de la fragmentación y "masificación" de los bajos niveles de la sociedad.<sup>10</sup>
- 4) La decadencia y casi desaparición de la vieja clase media y la creciente proletarización de la *nueva* clase media.<sup>11</sup>

De una parte, aunque prevalece la opinión (y moda se ha hecho en la sociología), especialmente entre quienes hablan del "fin de la ideología") y de que las decisiones están mucho más allá del alcance

<sup>9</sup> Hans Gerth y C. Wright Mills, *Character and Social Structure*, Harcourt, Brace &

<sup>10</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, Oxford University Press, New York, 1959.

<sup>11</sup> C. W. Mills, *White Collar*, Oxford University Press, New York, 1956.

de las utopías y de que son demasiado complicadas para que los moldeen las ideas de unos visionarios, en realidad, de acuerdo con la alegación de Mills, las decisiones de carácter mundial se deben ahora más que nunca a un puñado de hombres. En contraste con la creencia general, el hombre puede dominar su destino y realizar cambios que los defensores del *statu quo* creen imposible. Por lo tanto, la élite del poder está "compuesta de hombres cuyas posiciones les permiten trascender el ambiente común y corriente de hombres y mujeres comunes y corrientes; están dispuestos a hacer decisiones que producen consecuencias máximas".<sup>12</sup>

La élite del poder la componen aquellos hombres que ocupan los círculos superiores de las esferas militar, política y económica, esferas cuyo mando se ha hecho cada vez más entrelazado e intercambiable y esferas más y más interdependientes según pasa el tiempo.

La esfera económica, que una vez constaba de muchas unidades comerciales autónomas en competencia consigo mismas y en ejercicio de una mutua vigilancia, está ahora centralizada, con el poder en manos de unos cuantos centenares de corporaciones. La esfera política es una empresa de centralización superior, burocratizada, que ha intervenido en muchas zonas antes fuera de su dominio. La esfera militar ha aumentado su importancia (especialmente desde la Segunda Guerra Mundial) en cuanto a lo de adoptar decisiones que afectan a todos los medios de vida. Se ha convertido en una burocracia de masas que ya no es medio para el logro de un fin, sino que es cada vez más un fin de por sí. Las decisiones de estos hombres en tales puestos poderosos guardan implicaciones para toda la sociedad y, en efecto, para el mundo entero frecuentemente. Con su creciente interdependencia y entrelazamiento, ya esas unidades no se fiscalizan a sí mismas sino que se coordinan más. A Mills con frecuencia se le ha acusado injustamente de sugerir la existencia de una conspiración entre los miembros mismos de la élite. Pero más que de una conspiración se trata de una coordinación de esfuerzos y de una coincidencia de intereses.

Alegar que estos hombres pertenecen a una clase reconocida que ejerce dominio social, según Mills, es "prejuizar respecto a si la élite de los puestos de mando se compone de miembros conscientes de tal clase reconocida socialmente o si bastantes de los miembros de la élite provienen de una clase tan definida y particular. Estos son asuntos que merecen estudio".<sup>13</sup>

Para más, Mills indica que la riqueza y el poder en manos de estos hombres no les son inherentes a los hombres mismos, sino a los

<sup>12</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, op. cit., págs. 3-4.

<sup>13</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, op. cit., pág. 11.

puestos *institucionales* que ocupan en la sociedad. Mills opina que debido a las connotaciones que conlleva el concepto de "clase dominante", le sienta quizá mejor al caso el concepto de élite del poder.

El concepto de "clase dominante" le otorga preponderancia a la variante económica como centro principal del poder. Esta variante económica bien puede definirse en términos de riqueza poseída o en términos de dominio de los medios de producción. La idea, vista en un contexto marxista, tiende a descuidar la legitimidad que estos puestos en cierta forma poseen. El asunto de si "clase dominante" es o no una categoría descriptiva más útil que "élite del poder" depende a fin de cuentas del énfasis que se le preste a la élite de la corporación. Apterker manifiesta que "no sólo lo económico, lo político y lo militar son interdependientes, sino que también lo económico es en última instancia decisivo y fundamentalmente dominante".<sup>14</sup>

De acuerdo con Hecker, Mills da a entender "que los hombres al mando de las grandes corporaciones de Estados Unidos están en el centro del círculo superior. Más que sus contrapartes militares y gubernamentales, cuentan ellos con un poder autónomo e irrestricto. A los militares todavía los dominan los políticos, y los políticos tienen que presentarle cuentas al pueblo".<sup>15</sup> Hecker exagera el grado de autonomía que Mills le otorga a la élite de los corporacionistas, debido a que su práctica del poder aún depende en gran parte de las actividades de las élites militar y política. Por eso Mills tiende a subrayar la coordinación que existe entre las élites en vez de la preponderancia de una élite en particular, aun cuando reconoce simultáneamente que la élite de la corporación es tal vez, y de muchos modos, la élite relativamente más influyente de la trinidad. No sólo eso, sino que Mills reiteradamente señala la existencia de una élite del poder en la Unión Soviética que no se puede explicar fácilmente en términos de clase.

Aunque Mills cree que la élite del poder a veces casi se convierte en una clase debido a la creciente homogeneidad de su trasfondo, también advierte que muchos miembros de las élites que proceden de diversos trasfondos de clase, como los dirigentes sociales, se allegan a la élite del poder mediante la *socialización*. En pocas palabras, Mills guarda la misma cautela que observa Ralph Dahrendorf<sup>16</sup> al considerar la posibilidad de que un grupo con ciertos intereses puede convertirse en una clase dominante, pero que un grupo grande de individuos con intereses no siempre tiene que catalogarse como clase.

<sup>14</sup> Herbert Apterker, *The World of C. Wright Mills*, Marzani and Munsell, Inc., New York, pág. 33.

<sup>15</sup> Andrew Hacker, "Power to do What?", en *The New Sociology*, *op. cit.*, pág. 136.

<sup>16</sup> Ralph Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, Stanford University Press (Stanford), 1959.

Desgraciadamente, Mills no examina lo suficientemente a fondo en *The Power Elite* el asunto de "¿Poder para Qué?", según las palabras de Andrew Hacker.<sup>17</sup> Desde luego, esto dificulta cualquier debate de fundamentos empíricos acerca de la relación entre las diversas élites. Parte de esta negligencia se debe a la inaccesibilidad de suficientes datos respecto a la adopción de decisiones entre los miembros de la élite.

Mills tampoco detalla bien las razones que existen para el aumento de la concentración del poder. Sin embargo, según se desprende de sus escritos, la toma de mando de la élite del poder no obedece principalmente a una fase evolutiva del capitalismo. Mills plantea más bien que la mayor integración y centralización del poder proviene en parte del desarrollo de la tecnología moderna y del creciente racionamiento que se experimenta en todas las fases del vivir humano.

"El perfeccionamiento de las tecnologías de producción y destrucción —desde el hacha de piedra hasta la bomba atómica— ha alcanzado un nuevo umbral de eficacia tanto en el orden económico como en el orden militar de las grandes potencias. Gracias a estos adelantos, las unidades institucionales que adquieren estos recursos tecnológicos crecen enormemente. En Estados Unidos, por ejemplo, un puñado de corporaciones centraliza decisiones y responsabilidades que influyen en los hechos militares y políticos al igual que en las circunstancias económicas de importancia mundial. Porque hoy en día lo militar y lo político no pueden separarse de los aspectos económicos vislumbrados en torno al poder. Vivimos ahora no dentro de un orden económico y un orden político, sino dentro de una economía política y para más una economía política relacionada muy íntimamente con las instituciones militares y sus decisiones".<sup>18</sup>

A Mills lo ha acusado el bando conservador de los sociólogos de emplear un concepto del poder denominado "suma cero".<sup>19</sup> Se le achaca lo de bregar únicamente con el poder sin darse cuenta de que el poder para hacerse estable tiene que hacerse legítimo. Dahrendorf concede que *el poder* no puede concebirse en términos de una persona que lo posee todo y otra que no posee nada, pero señala que la autoridad sí puede entenderse en esos términos.<sup>20</sup> La crítica de Parsons es justa en lo que se refiere a que Mills no fue lo suficientemente explícito cuando definió al poder en cuanto a concepto. Mills no sólo bregaba con la distribución del poder (definido en el sentido que

<sup>17</sup> A. Hacker, *op. cit.*

<sup>18</sup> C. W. Mills, *Character and Social Structure*, *op. cit.*, pág. 456.

<sup>19</sup> Talcott Parsons, "The Distribution of Power in American Society", *World Politics*, N° 1, octubre de 1957.

<sup>20</sup> Ralph Dahrendorf, *op. cit.*

Weber le da), sino también con el mal uso del poder legitimado (autoridad) y con el empleo del poder manipulante obtenido del puesto institucionalmente legitimado que alguien ocupa en la estructura social. Esto es un malentendido de la tesis de Mills. Parsons se inclina a considerar ignuamente la estructura social norteamericana como un todo armonioso en el cual apenas tiene cabida el poder o la manipulación. Es cierto que la autoridad de la élite está legitimada, pero ello no implica que sus miembros no poseen ningún poder que les venga como producto de su posición legitimada, poder que no se "destinaba" a ellos. Mills define la manipulación en términos de "un secreto acerca del ejercicio impersonal del poder; a quien se influye no se le dice en tantas palabras lo que tiene que hacer, pero no obstante está sujeto a la voluntad de otro".<sup>21</sup> Hay que reiterar que la tesis de Mills no puede tomarse meramente como una teoría de conspiración.

La élite mantiene por medio de los "hacedores de imagen" una impresión de sí misma que no revela el furtivo uso del poder.

"Ultimamente este trabajo se ha realizado menos como un intento de conocer mejor la realidad que como un medio de cumplir con una costumbre extrañamente conservadora que ha acabado por imponerse entre los hacedores de imagen. Las imágenes que ellos nos presentan ahora no son las de una élite que ostenta el mando irresponsable de unos medios de poder y de manipulación sin precedentes, sino de unos cuantos hombres razonables a quienes los acontecimientos abruman y quienes se desempeñan lo mejor posible dentro de una situación difícil. El ambiente de donde han surgido estas imágenes resulta menos útil para justificar el poder verdadero de la verdadera élite, o la inteligencia de sus decisiones, que para sustentar a sus voceros. Las imágenes que se espera que tomemos más en serio carecen de importancia para los hechos del poder y de la élite del poder o son simplemente fantasías privadas que sirven más como cojines emocionales para pequeños grupos de cómodos escritores, pagados y sin paga, que como diagramación de todas aquellas fuerzas que en nuestros tiempos alcanzan tan obvio clímax en la norteamericana élite del poder".<sup>22</sup>

En realidad la élite se compone de hombres que son conservadores sin tener una ideología o tradición conservadoras y cuyas acciones están siempre sujetas a una especie de "realismo chiflado". No obstante, la élite del poder se mantiene en defensa de su posición y persiste en hacer uso del vocabulario liberal y de los argumentos liberales en circunstancias a las cuales ya no es posible aplicarlos. A los actos de la élite, de acuerdo con Mills, los caracteriza una "inmoralidad superior" desde

<sup>21</sup> C. W. Mills, *White Collar*, *op. cit.*, pág. 109.

<sup>22</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, *op. cit.*, págs. 325-326.



la cual el brillo de las celebridades, los hacedores de imagen y los propagandistas se encargan de distraer a las masas.

“Los miembros de los círculos superiores no son hombres representativos; sus encumbradas posiciones no se deben a la virtud moral; sus éxitos fabulosos no están firmemente ligados con la habilidad meritoria. Quienes ocupan los lugares de los encumbrados y los poderosos son escogidos y moldeados por los medios del poder, por las fuentes de la riqueza, por los mecanismos de la fama que prevalecen en su sociedad. No son hombres escogidos y formados por un servicio civil que tenga lazos con el mundo del saber y de la sensibilidad. No son hombres formados por partidos responsables que debatan pública y claramente los asuntos que este país afronta ahora de manera tan poco inteligente. No son hombres a quienes los haga moderarse un conjunto de asociaciones voluntarias que relacione a los públicos que debaten y a los pináculos de la decisión. Comandantes del poder sin iguales en la historia de la humanidad, han alcanzado el éxito dentro del sistema norteamericano de la irresponsabilidad organizada”.<sup>23</sup>

A Mills se le ha criticado por presentar un concepto monístico de la estructura norteamericana del poder y por descuidar los “frenos y equilibrios” que presuntamente impiden que uno u otro grupo se haga de demasiado poder. Mills cree que este sistema de “frenos y equilibrios” no funciona en los planos elevados del poder, sino en los niveles intermedios.

“Creo que el equilibrio y la transigencia en la sociedad norteamericana —los “poderes de contrapeso” y los “grupos de veto” en los partidos y en las asociaciones, en los estratos y en los gremios— deben tomarse en cuenta ahora como factores que tienen que ver con los niveles intermedios del poder”.<sup>24</sup>

A los niveles intermedios los frustran hasta provocarles el estancamiento y las decisiones de importancia no dependen de ellos. Los partidos políticos, por ejemplo, en realidad evitan bregar con asuntos importantes y con frecuencia se asemejan más de lo que se difieren, pero intentan lucir distintos, como ocurre en el medio publicitario, donde los anunciantes procuran hacer ver que dos productos “diferenciados marginalmente” son en verdad radicalmente distintos. Así, ni una clase ni un grupo de intereses opone fuerzas al poder de la élite del poder. La vieja clase media del siglo XIX, según Mills, era núcleo de poder y foco de la participación individual en todas las actividades políticas, económicas y militares de mayor importancia. Esta

<sup>23</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 361.

<sup>24</sup> C. W. Mills, *Power, Politics and People*, I. L. Horowitz, ed., Ballantine Books, Inc.; New York, 1963, pág. 30.

clase media ha perdido pie y ha sido reemplazada por un fragmentado, apolítico, proletarizado estrato de cuello blanco. También las decisiones que solían ser asuntos de orden público se convierten cada vez más en asuntos de política administrativa que se deciden dentro de las estructuras administrativas y burocráticas que se están formando. Cuando algunos asuntos fundamentales *son* llevados ante los niveles intermedios del poder (entre los cuales coloca Mills al Congreso), se plantean esos asuntos en tal forma que el examen total de la materia se limita y por lo regular se produce un estancamiento.<sup>25</sup>

Mills hace exagerado hincapié en la nulidad de fuerzas de los niveles intermedios del poder y en la solidaridad de los miembros de la élite, y también provoca duda al colocar tales grupos como el Congreso en los niveles intermedios del poder. De igual modo descuida Mills la ingerencia de ciertos grupos en calidad de *frenos* de la élite y en calidad de originadores de poder *potencial*. De nuevo se hace difícil ver con claridad el panorama, ya que no se tiene a la mano una visión general de orden empírico en cuanto a la hechura de las decisiones en Estados Unidos. El mismo Mills admite en su ensayo "Mass Media and Public Opinion" en *Power, Politics and Pecole* (véase la nota al calce número 24) que el público con frecuencia desempeña un papel inesperado y que no es meramente un juguete de las influencias de los medios de comunicación popular. El alcance de la concentración del poder en Estados Unidos aún merece, pues, un exhaustivo análisis empírico. Pese al exagerado hincapié, sin embargo, lo importante es la *tendencia* sobre la cual advierte Mills.

Mills expone dos tipos ideales de sociedad en *The Power Elite*. Una de ellas es la "democrática sociedad de los públicos" y la otra es la "sociedad de masas". De acuerdo con Mills, hay cuatro diferencias principales entre una "sociedad de masas" y una sociedad de públicos.<sup>26</sup>

- 1) En una sociedad de públicos la proporción de aquellos que reciben opiniones comparada con la de quienes brindan opiniones es mayor que en la sociedad de masas.
- 2) En una sociedad de públicos existe la posibilidad de "contestar" sin que sobrevengan las represalias.
- 3) Una sociedad de públicos tiene esferas de vida que están relativamente libres de la autoridad institucionalizada.
- 4) En una sociedad de públicos debe existir la posibilidad de convertir la opinión pública en acción concreta.

<sup>25</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, *op. cit.*, pág. 255.

<sup>26</sup> C. W. Mills, *ibid.*, Capítulo 13.

El concepto de Mills respecto a la opinión pública refleja aquí también la actitud de un viejo liberal, actitud que permea la obra de Mills. Mills llega a la conclusión de que nuestra sociedad se acerca cada vez más al modelo de la sociedad de masas.

"Desde casi cualquier punto de vista que adoptemos para fijarnos en el público, nos daremos cuenta de que nos hemos movido bastante a lo largo del camino hacia la sociedad de masas. Al final de ese camino está el totalitarismo, igual que en la Alemania nazi o en la Rusia comunista. Todavía no nos hallamos en ese extremo. En Estados Unidos los mercados de comunicación popular no tienen todavía dominio absoluto de los públicos en calidad de géneros. Pero sí podemos ver que muchos aspectos de la vida pública de nuestros tiempos son más los rasgos de una sociedad de masas que de una comunidad de públicos".<sup>27</sup> Los públicos, pues, se convierten en "mercados de comunicación" y el sistema de comunicación con las masas que podría emplearse como una agencia del "diálogo democrático" se convierte en un transmisor de cultura y propaganda de masas que hace apartar la atención de los asuntos vitales, que evade la política, que hace de lo importante una fruslería o que propagandiza de manera trillada.<sup>28</sup>

Muy al estilo de lo que indica Warner en *The Social System of the Modern Factory*,<sup>29</sup> Mills plantea que aun cuando el número de asociaciones secundarias haya aumentado en nuestra sociedad y aun cuando esta alza se tome como reflejo de un aumento de la conciencia política y social, en realidad estas asociaciones se han burocratizado para poder adquirir eficacia y ofrecerle oportunidades mínimas a la participación individual.<sup>30</sup> No sólo eso, según Mills, sino que también los líderes de los movimientos de masas tales como el de la fuerza obrera pasan a formar parte de la élite del poder cada vez más.

"Considerados desde un ángulo en particular, los sindicatos obreros se han convertido en organizaciones que seleccionan y moldean a directores que, al alcanzar el éxito, se sitúan en la élite nacional del poder junto a los hombres de negocio que forman o no parte del gobierno y junto a los políticos de los dos partidos principales; porque una de las funciones de los gremios obreros —al igual que de los movimientos sociales y de los partidos políticos— es ayudar a formar esta élite nacional del poder".<sup>31</sup>

Aptheker critica con justicia a Mills por exagerar la importancia

<sup>27</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, *ibid.*, pág. 304.

<sup>28</sup> C. W. Mills, *White Collar*, pág. 324.

<sup>29</sup> W. L. Warner, *The Social System of the Modern Factory*, Yale University Press, New Haven, 1947.

<sup>30</sup> C. W. Mills, *The Power Elite*, *op. cit.*, pág. 307.

<sup>31</sup> C. W. Mills, *Power Politics and People*, *op. cit.*, pág. 97.

de las masas y por descuidarlas como un agente potencial de cambio.<sup>32</sup> Sin embargo, Mills estaba desilusionado por la "masificación" progresiva de la sociedad norteamericana y por la huída de los movimientos obreros con arraigo en las "masas" hacia el bando de las instituciones oficiales. Mills no podía ver a la clase obrera como un agente potencial de cambio por causa de las modificaciones radicales que ésta había sufrido. En vez de ello, centró su interés en la creciente inquietud del estrato de cuello blanco. Aunque de acuerdo con Mills la clase media "estaba a la venta", hallaba dificultades en lo de movilizarla y finalmente se le ocurrió que los intelectuales representaban una potencial fuerza revolucionaria capaz de lograr un cambio.

En su segunda y tal vez mejor conocida obra, *White Collar*, Mills muestra cómo la vieja clase media que era ejemplo del espíritu liberal se convierte en la nueva clase media que conserva la ideología liberal pero que en realidad es un vasto conglomerado de empleados de cuello blanco aislado, fragmentado y sin bienes. Es en esta obra donde Mills revela con gran claridad una nostalgia por el Estados Unidos del siglo XIX, por medio de un método cuasi-marxista de análisis del presente y de orientación hacia el futuro.

En el Estados Unidos del siglo XIX, el pequeño agricultor y el pequeño comerciante formaban la vieja clase media y componían uno de los mayores núcleos de poder. La tenencia de los medios de producción era compartida por los ciudadanos.

"Lo más importante de la sociedad de pequeños empresarios estribaba en que una buena proporción de la gente poseía los bienes con que trabajaban. La clase media era un estrato tan grande y ejercía tanta influencia económica, que aun de acuerdo con las normas estadísticas la sociedad en general era de la categoría de clase media: unas cuatro quintas partes de la población libre que trabajaba poseía bienes".<sup>33</sup> Así pues, la tenencia de bienes representaba libertad. Del mismo modo que los medios de producción no estaban centralizados, se hallaban el orden militar y el orden político.

Esta vieja clase media ha decaído y sus miembros, reducidos a un pequeño segmento, "no son tan semejantes a sus prototipos del siglo XIX y tienen que desempeñarse en un mundo que no está hecho a imagen de ellos".<sup>34</sup> A la antigua clase media la ha sustituido un gran estrato de empleados de cuello blanco sin bienes. Esta suerte la corrió no sólo el pequeño comerciante, quien se convirtió en la burguesía

<sup>32</sup> Herbert Aptheker, *op. cit.*

<sup>33</sup> C. W. Mills, *White Collar*, *op. cit.*, pág. 7.

<sup>34</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. . . .

*lumpen* de vida precaria y escasa, sino también el agricultor transformado en "la víctima del auge del capitalismo moderno".<sup>35</sup>

Las causas de estos cambios existen dentro de la estructura del sistema capitalista, especialmente en los menguantes mercados domésticos y extranjeros. En el sector agrícola, se producía demasiado y había agricultores de más. Para que los empresarios de clase media pudieran competir entre ellos mismos y producir géneros a bajo costo (los cuales hizo posibles una tecnología nueva), hubo que centralizar y racionar más la industria y la finca autoabastecedora dejó de existir. En la industria "la *tecnología* continuó ampliándose rápidamente; pero el engrandecimiento del mercado se llevó a cabo más lentamente. Procurando estabilizar las cosas, los capitanes de la industria comenzaron a unirse y de la épica competencia entre ellos brotó el monopolio impersonal".<sup>36</sup>

Con la centralización de la industria y el racionamiento de la agricultura, el dominio de los medios de producción cayó en manos de sólo unos cuantos y surgió un amplio estrato de empleados de cuello blanco. Debido a la creciente necesidad de "coordinación, de administración y de expedientes" el racionamiento de la producción dio paso a las grandes burocracias. Estas burocracias se convertían no sólo en parte del orden industrial, sino en parte también de las ascendentes estructuras del gobierno y de la milicia que se hicieron particularmente poderosas gracias al desarrollo de una permanente economía de guerra después de la Segunda Guerra Mundial. Esta economía de guerra se transformó en una de las fuentes principales de negocio para la industria. La escasez de la demanda también hizo que la producción pasara a verse en términos de ventas y de ese modo gran parte de la población se involucró en la venta, el anuncio, etc.

Debe constar claramente en esta ocasión que la clase media —especialmente una de tan amplia base— era algo extraño en la sociedad norteamericana, y su decadencia fue producto de la combinada actuación del adelanto tecnológico y del capitalismo. Mills no estaba dispuesto a adjudicarle la causa de las tendencias que observaba en la sociedad norteamericana al capitalismo solamente o a la tecnología moderna y al racionamiento social. Y aun cuando la decadencia de la antigua clase media era un fenómeno particular de la sociedad norteamericana y por ello podía explicarse mejor en término del capitalismo, la centralización del poder tendía a hacerse cada vez más interdependiente.

<sup>35</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 15.

<sup>36</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 21.

Pese a este cambio de las "condiciones objetivas" de la clase media estadounidense, la ideología liberal de la competencia y de la libre empresa persiste.

Este cambio en la sociedad representa alteraciones en las vidas de sus miembros. A la persona se le pide cada vez más que manipule la presentación de sí misma (en cierto sentido el individuo se convierte en sólo otro género presente en el "Gigantesco Salón de Ventas"), o se transforma en una pieza del engranaje de una gigantesca burocracia en la cual los hombres se abstraen de sus trabajos con la desventaja adicional de que, contrario al proletario, el empleado de cuello blanco maneja símbolos abstractos y no objetos. Los empleados de cuello blanco activos en el "Gigantesco Salón de Ventas" y en las grandes burocracias intentan derivar placer mediante la identificación de sí mismos con el prestigio de la organización y de la gerencia. Es esto una de las muchas barreras que obstaculizan la sindicalización del trabajador de cuello blanco.

La capa superior de este estrato de cuello blanco incluye a los "nuevos empresarios" que encuentran rutas de movilidad en "1) los arreglos entre diversas burocracias comerciales, y entre el gobierno y el comercio; 2) las relaciones públicas, justificación interpretativa de los nuevos poderes para los extraños de alguna importancia; y 3) las nuevas industrias aparecidas durante el último cuarto de siglo, especialmente aquellas —por ejemplo, la de anuncios— que están relacionadas con la venta de unos servicios algo intangibles".<sup>37</sup>

Mills no cree en la revolución gerencial de Burnham.<sup>38</sup>

"Aunque el propietario y el gerente no son la misma persona ya, el gerente no ha expropiado al dueño, ni el poder de la empresa propietaria sobre los trabajadores y los mercados ha decaído. Al poder no se le ha apartado de los bienes; antes bien, el poder de los bienes está aún más concentrado de lo que se halla su pertenencia".<sup>39</sup>

Burnham, según Mills, fundamenta su tesis en el mal razonamiento de que la indispensabilidad técnica es un reclamo anticipado de poder político. Podría hacerse la misma generalización acerca de los lazos que hay entre la posición de clase (económica) y el poder, y Mills cree que Burnham "padece de demasiado Marx".<sup>40</sup> Deduce Mills que "Los poderes de la propiedad de bienes están despersonalizados, ocultos, y son de índole intermedia. Pero no se han tornado mínimos ni han

<sup>37</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 95.

<sup>38</sup> James Burnham, *The Managerial Revolution: What is Happening in the World*, John Day Co., Inc., New York, 1941.

<sup>39</sup> C. W. Mills, *White Collar*, *op. cit.*, pág. 101.

<sup>40</sup> C. W. Mills, *Power, Politics and People*, *op. cit.*, pág. 69.

decaído. Mucho menos se puede decir que ha habido una revolución, gerencial o de cualquier otro tipo, en cuanto a legalizar la institución de la propiedad privada. Bajo la égida de los dueños de bienes ha surgido una grande y complicada burocracia de comercio e industria. Pero el derecho a figurar en esta sucesión de mando, el legítimo acceso al plano de autoridad que rige sobre estas burocracias, es el derecho a la propiedad de bienes. El accionista no quiere ni puede ejercer dominio funcional sobre sus bienes. Eso es cierto. Y el poder de los gerentes no depende de sus bienes personales. También eso es cierto. Pero no puede llegarse a la conclusión de que no existe relación funcional entre la tenencia de bienes y el dominio de las grandes corporaciones. Tal inferencia centra la atención en asuntos de orden personal en vez de destacar legalizaciones e instituciones".<sup>41</sup> Aunque los niveles superiores de cuello blanco son capaces de ejercer algún poder —poder manipulante, en particular—, el poder respecto a la adopción de decisiones que impliquen algo para toda la sociedad descansa en manos de la élite del poder.

Estas tendencias están presentes en todas las instituciones sociales al estilo del magisterio, que se ha transformado en una muy feudal y burocratizada corporación del "saber", al estilo del bufete de abogados, donde el "nuevo empresario" puede dar con rutas de movilidad, y al estilo del ramo de la medicina. Estas instituciones experimentan el ascenso del técnico. Tales técnicos se abstienen de intervenir en asuntos políticos porque "las fuerzas externas e internas que los apartan de la política son damiado vigorosas; los consume la maquinaria técnica, el racionamiento explícito del intelecto, o siguen el destino del lamento personal".<sup>42</sup> Somos testigos de la preponderancia del "alegre robot", del hombre de la organización y del intelectual de la organización, quienes rehuyen los problemas de "moral social" y se entregan a la alocada búsqueda de *status* y participan del sintético mundo de la cultura popular y de las modas del vulgo.

## II. *Agentes de cambio*

Debe haberse visto desde el comienzo que Mills se inclinaba a interesarse en los líderes de una u otra categoría para efectuar cambios y, como se ha indicado, descuidó la posible influencia de las masas en lo que concierne al origen del poder.

<sup>41</sup> C. W. Mills, *White Collar*, *op. cit.*, pág. 101.

<sup>42</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 159.

Para Mills son tres los posibles agentes de cambio y progresivamente sus escritos parecían otorgarle mayor importancia al tercero de tales agentes.

- 1) Los dirigentes obreros.
- 2) La nueva clase media.
- 3) Los intelectuales.
- 1) En su primer libro, *The New Men of Power*,<sup>43</sup> que escribió en

1948, Mills depositó una gran fe en los dirigentes obreros y sugirió que éstos eran un contrapeso potencial para las instituciones oficiales. En sus obras posteriores, Mills subrayó cada vez más la actuación del intelectual y, tal como señala Miliband, Mills se desencantó más y más con el movimiento obrero y con el paso de muchos de sus dirigentes a la élite del poder. En un ensayo de 1954, pues, Mills muestra un cambio de parecer respecto al obrerismo organizado.

“Considerados desde un ángulo en particular, los sindicatos obreros se han convertido en organizaciones que seleccionan y moldean a directores que, al alcanzar el éxito, se sitúan en la élite del poder junto a los hombres de negocio que forman o no parte del gobierno y junto a los políticos de los dos partidos principales; porque una de las funciones de los gremios obreros —al igual que de los movimientos sociales y de los partidos políticos— es ayudar a formar esta élite nacional del poder”.<sup>44</sup> Esto se debe en parte a la orientación instrumental del sindicato como factor contrario a la orientación ideológica. Los planes de largo plazo se activan prontamente ante las circunstancias de lo más práctico, y estos planes de corto plazo que incluyen beneficios jornaleros lucen más fáciles de lograr mediante la colaboración con el orden corporativo. Mills hace ver claro que no todos los sindicalistas han adquirido la perspectiva de la élite. Ya que para muchos de ellos la conservación de sus puestos depende del éxito y de la satisfacción que brindan a los miembros menor categoría en el gremio, perdura cierto conflicto originado por muchos dirigentes obreros cuyas actividades hacen recordar a los estafadores señoriales de antaño.

“Pero si los viejos agremiados se han convertido a veces en *condottieri* a la cabeza de pandillas matonas al servicio de estafadores señoriales locales, los nuevos agremiados pueden a la larga hacerse administradores de obreros satisfechos y disciplinados en grandes cor-

<sup>43</sup> C. W. Mills, *The New Men of Power: America's Labor Leaders*, Harcourt, Brace and Co., New York, 1948.

<sup>44</sup> C. W. Mills, “The Labor Leaders and the Power Elite” en *Industrial Conflict*, A. Kornhauser, R. Dubin, A. M. Ross, ed., McGraw-Hill Book Co., Inc., New York, 1954, pág. 144.



poraciones burócratas, porque ahora existe una nueva correspondencia entre las empresas y el obrerismo y nuevas categorías de líderes en cada bando de la élite del poder. No es una correspondencia mecánica ni precisa, pero está cobrando forma. Las industrias masivas han producido en el mundo de las grandes corporaciones el tipo de director que es un manejador de la gerencia, y la sindicalización de estas industrias de masas por el nuevo sindicalismo de empresas está comenzando a producir poco a poco una categoría de dirigente obrero que es también un manejador de la gerencia. De manera similar tanto las corporaciones como los gremios funcionan cada vez más dentro del contexto de la economía política; de modo que en forma parecida la clase de dirigentes que seleccionan y moldean acaban configurados para la sobrevivencia y la eficacia dentro de este contexto mayor".<sup>45</sup>

Mills arguye que muchos líderes obreros ven sus planes realizables junto con los de las corporaciones y dentro de la estructura política de ahora. Mientras más poder adquieran como miembros de la élite, su orientación se hará más conservadora y más interesada en mantener el *statu quo*.

"Estos gremios son menos palanca de cambios de toda esa armazón que instrumentos destinados a lograr una integración más ventajosa con la estructura. La tendencia que sus acciones implementan, en términos de las mayores proyecciones, es una especie de 'sindicalismo precapitalista originado desde arriba'. Buscan inicialmente integrarse más con los planos superiores de la economía corporativa en vez de más poder en los niveles inferiores de la jerarquía obrera, porque, en pocas palabras, es el deseo no expresado de los dirigentes obreros norteamericanos unirse a los trabajadores y a los gerentes en el manejo del sistema corporativo de empresa e influir decisivamente en toda la economía política".<sup>46</sup>

2) Aunque objetivamente la nueva clase media se proletariza en el sentido de que carece de bienes y de que es cada vez más homogénea en términos de sus condiciones de trabajo, esto no significa que sus miras políticas y su estado psicológico se hallan en el aire para corresponder con sus condiciones "objetivas". Por lo tanto, Mills no está de acuerdo con los marxistas que opinan que las condiciones económicas habrán de provocar una toma de conciencia de clase. Y, como se ha señalado, la indispensabilidad económica o tecnológica tampoco significa que quienes son indispensables se harán poderosos necesariamente.

En la nueva clase media Mills ve una presente "retaguardia" política, no una vanguardia. Aunque la matrícula sindical ha aumentado,

<sup>45</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 150.

<sup>46</sup> C. W. Mills, *ibid.*, págs. 151-152.

muchos factores se oponen a la incorporación en los gremios. Aun la sindicalización no representa obligadamente una mayor solidaridad obrera, ni representa el sindicalismo mayor conciencia *política*. Cree Mills que posiblemente los sindicatos de cuello blanco habrán de institucionalizarse tanto como muchos de los gremios obreros.

"Si el futuro de la democracia en Estados Unidos peligrá, no es por causa de *movimiento* obrero alguno, sino por la ausencia de esto y por un nuevo conjunto de intereses creados que copa su lugar. Si tales nuevos intereses frecuentemente aparentan ofrecerle un riesgo particular a la estructura social y democrática, se debe a que son muy grandes y muy indecisos, sin embargo. Lo de ellos bien puede tornarse en la reglamentación de la tendencias insurgentes entre aquellos grupos y estratos capaces de sacar a la sociedad norteamericana de su frenético rumbo de baja repentina de valores y auge comercial y guerra, y detener la desviada trayectoria que conduce hacia una sociedad donde los hombres son el personal administrado por un estado policial".<sup>47</sup>

A la nueva clase media la caracteriza su indiferencia política; su falta de un punto céntrico, de unidad, y su ambivalencia, y actualmente se halla "a la venta".<sup>48</sup>

### 3) Ralph Miligan escribe:

"Una vez que Mills echó a un lado con el término de 'metafísica obrera' la creencia de que el obrerismo organizado podía proporcionar la base para un nuevo movimiento radical, ¿qué quedó para sostener la creencia en la posibilidad de un cambio estructural, para distinguirlo de lo marginal, en la sociedad norteamericana, o en términos generales en sociedades industriales avanzadas, ya que creyó que el obrerismo en todas esas sociedades estaba sujeto a la misma debilitación que, de acuerdo con él, afectaba al obrerismo norteamericano? ¿Quién habría de dar al traste con la intención reaccionaria de quienes determinaban el papel de Estados Unidos en el mundo? Mills contestó que quedaban los intelectuales".<sup>49</sup>

Casi todos los intelectuales se han "vendido" a las cuasi-feudales corporaciones educativas y de investigación científica. Se han convertido en técnicos o en defensores del *statu quo*. Esta falta es el resultado no sólo de la voluntad, sino de no contar ya ellos con sus propios medios de comunicación y de estudio.

La actuación que Mills le pide al intelectual es ambigua. De acuerdo con Mills, el intelectual tiene el deber constante de sacarle los

<sup>47</sup> C. W. Mills, *White Collar*, *op. cit.*, pág. 323.

<sup>48</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 354.

<sup>49</sup> Ralph Miliband, "Mills and Politics" en *The New Sociology*, *op. cit.*, págs. 84-85.

trapos al sol al orden político y de mantener a la vez un diálogo con los representantes de ese orden. De una parte, al parecer tiene en mente a un intelectual activo en la política (su admiración hacia Castro, el intelectual-revolucionario, es evidente). De otra parte, considera al intelectual como un crítico que aun cuando no está activo ni participa en la política, actúa como una especie de asesor-crítico.

La alegación de Mills de que los intelectuales cuentan con "medios de poder" nunca se define con claridad, así como tampoco se sabe en qué ha de consistir esa determinada base de poder. También exagera los lazos potenciales entre ellos y lo que como intelectuales tienen más en común que cualquiera otros grupos de intereses, y tampoco está claro lo que *hay* para unirlos. Mills parece compartir con Karl Mannheim<sup>50</sup> la visión del intelectual "a flote" —alguien que en cierta forma puede trascender (debido a que siempre ha estado en movimiento) su sitio en la estructura social— y por causa de esta distancia que es capaz de establecer representa para él un agente potencial para el cambio.

En su tratamiento del papel del intelectual, Mills refleja un optimismo nada sociológico. Percibe uno a veces que en opinión de Mills si los intelectuales fueran honrados consigo mismos, todos protestarían del orden vigente. En cierto modo menosprecia el compromiso moral de muchos intelectuales ligados al mundo oficial y la poca habilidad que tenemos todos para descubrir fallas en aquello con lo cual nos hemos comprometido. No quiere decir esto que a medida que el tiempo pasa muchos intelectuales no se están haciendo apolíticos y desentendiéndose de la "moral" de la labor que los ocupa. Sin embargo, Mills desgraciadamente también considera la irresponsabilidad y la inmoralidad como una misma cosa.

Apelar a la élite del poder es tonto, y Mills sugiere que en vez de ello los intelectuales organicen "programas políticos", es decir, que formulen "las condiciones y las decisiones necesarias para hacer posible un conjunto de valores establecidos o para evitar un desastre en perspectiva".<sup>51</sup> Los intelectuales debieran actuar como intelectuales políticos, "cada uno obrando por su cuenta si es necesario, a manera de partido político".<sup>52</sup> Hay implícito en la opinión de Mills un vestigio del viejo concepto liberal de que "la pluma puede más que la espada".

<sup>50</sup> Karl Mannheim, *Ideology and Utopia*, Harcourt, Brace, New York, 1936.

<sup>51</sup> C. W. Mills, *The Causes of World War III*, Ballantine Books, New York, 1958, pág. 155.

<sup>52</sup> C. W. Mills, *ibid.*, pág. 156.

En *The Causes of World War III* Mills propone algunas guías para los intelectuales, pero todas ellas tienen un dejo de orientación liberal-racionalista y no bregan con ningunos medios específicos para alcanzar el poder. La cólera de Mills hacia el intelectual ligado con las instituciones oficiales está plenamente justificada, pero su acentuado énfasis en el intelectual como agente de cambio no lo está.